

Recensiones

OSVALDO BATTISTINI (coordinador), *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*, Asociación Trabajo y Sociedad. Buenos Aires, 2002.

La política es acción permanente, y «pasión política», un impulso inmediato a la acción, que pone en marcha sentimientos y aspiraciones en cuya *atmósfera incandescente* «el mismo cálculo de la vida humana individual obedece a leyes diferentes de las que rigen el pequeño interés individual», nos dice Gramsci desde la cita que abre el libro. Publicado con motivo del aniversario de las duras jornadas de protesta del 19 y 20 de diciembre del 2001, en las que miles de argentinos se echaron a las calles para protestar y a golpe de cacerolas lograron derrocar hasta dos gobiernos consecutivos, un grupo de investigadores sociales, miembros del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-PIETTE), becarios del CONICET y docentes de la Universidad de Buenos Aires en su gran mayoría, tratan de brindarnos desde estas páginas un primer ensayo de explicación histórica, política y social de aquellos episodios de revuelta, en un afán por descifrar los entresijos de esa «atmósfera incandescente» que se crea en torno a la acción política».

Aquellas Navidades, las imágenes de «piqueteros» cortando las carreteras, madres de familia marchando sobre la Plaza de Mayo al son de sus cacerolas, ciudadanos protestando frente a los bancos que retenían sus ahorros, acompañado todo de escenas de disturbios generalizados, —amplificadas desde el campo mediático—, dieron la vuelta al mundo: Argentina parecía haberse transformado en un laboratorio social para los estudiosos de los movimientos de protesta y la acción co-

lectiva. Se trataba de la escenificación, para todos y a la manera de una tragedia griega en la que se representa «lo previsible» —como apunta Raúl Horacio Bisio en su brillante prólogo—, de toda una serie de tensiones latentes, el estallido final de un conflicto larvado durante más de una década, y que ahora se hacía visible, abierto y reconocido por todos, en lo que constituyó un ejercicio de aprendizaje colectivo (para toda una abigarrada amalgama de grupos sociales poco proclives a la movilización hasta ese momento) a través de la acción. Explicitación del conflicto y resistencia frente a los límites del sistema en cuyo proceso se iban constituyendo paralelamente nuevas solidaridades e identidades, y quizás —como apuntan estos autores en alguna cota de optimismo—, nuevos sujetos políticos para una futura democracia.

Los autores parten todos de unas premisas compartidas (hasta el punto de llegar a repetirse y solaparse en algunos momentos de sus exposiciones), como es el «diagnóstico» de la crisis política, resultado de tres experiencias traumáticas de la historia reciente de Argentina: el terror de la dictadura militar, el caos hiperinflacionista de los ochenta y la posterior década de convertibilidad, contención del gasto público y privatizaciones masivas a instancia de organismos monetarios internacionales, que propiciaron la desarticulación del tejido social en forma de creciente exclusión y fragmentación (desempleo estructural, pauperización de las clases medias) y el fenómeno de privatización de lo político: una sociedad violentada y una democracia vaciada de contenido. La quiebra del sistema puso en evidencia su alto grado de déficit representativo, y frente a esta situación reaccionaron los nuevos movimientos de protesta surgidos en los últimos años de la década de los noventa, de los que

se destaca en este libro, como otras más de esas premisas compartidas, su caracterización por la *centralidad del trabajo* (el espacio que ocupa el ámbito laboral en sus motivaciones) y por la *repolitización del espacio público* que comportan.

Buena parte de esta compilación de artículos —al menos la mitad de la media docena que la componen— se centra en torno al análisis del movimiento piquetero, a través del diálogo con las distintas teorías-marco de los «nuevos» movimientos sociales. Paula Lenguita viene así a destacar en *El poder del desempleo (reflexiones críticas sobre la relevancia política del movimiento piquetero)* la novedad del movimiento de los piqueteros como inaugurador de tendencias políticas mediante la innovación en las prácticas colectivas que las hacen visibles (el «corte de ruta» como particular forma de protesta en el nuevo repertorio, la carretera como espacio simbólico de la lucha), y creador de nuevos sujetos políticos (los «piqueteros», que ya no se definen en cuanto a su dimensión negativa de «desempleados», sino en cuanto a la afirmación identitaria de su acción política, que va más allá del momento puntual y visible del corte de carretera, para extenderse hacia un proyecto político alternativo a largo plazo, que excede sus reivindicaciones laborales más inmediatas). Y sin embargo, en concordancia con la tesis de Melucci, matiza la hipótesis de un cambio sustantivo que permitiría encuadrar el fenómeno dentro de los «nuevos movimientos sociales», concebidos estos como representación de un conflicto político al margen de la lucha de clases (Habermas). Bien al contrario, la cuestión del trabajo (de la falta de él), y la centralidad del debate en torno a las formas de reproducción material, siguen esperando, en opinión de Lenguita, en esta lucha laboral que rompe con los cauces de actuación del sindicalismo tradicional argentino —es decir, fundamentalmente peronista. Así, finaliza abordando la necesidad de una aproximación analítica que, junto a la dimensión simbólica y comunicativa del movimiento (cómo son percibidos desde el exterior y se perciben a sí mismos), preste atención a los aspectos materiales de éste. De la misma opinión son Cecilia Cross y Ariel Wilkins (*Piqueteros: de la exclusión a la revitalización del conflicto social. Apuntes para comprender la emergencia del movimiento piquetero como un nuevo sujeto político en los conflictos del traba-*

jo), quienes, en el que probablemente sea el artículo más completo y de mayor calado teórico del libro —y por eso mismo, el más susceptible de polémica y discusión—, siguen reivindicando la centralidad política del trabajo (aunque ahora trascienda los límites del concepto entendido como «trabajo asalariado», para abrirse a formas más heterogéneas de condición subalterna) a la hora de articular identidades de oposición y conflicto: y si bien coinciden con Melucci en ese cuestionamiento de la radical novedad del fenómeno, se alejan de él en cuanto al énfasis con el que inciden en las precondiciones estructurales, privilegiada en su análisis sobre los aspectos más subjetivos, postura que nos puede resultar quizás demasiado alejada de lo que, desde la teoría de los movimientos sociales, se viene trabajando a este lado del Atlántico. La pérdida de puestos de trabajo que afectaba a crecientes segmentos de la población trajo consigo la traslación del paradigma interpretativo de la cuestión obrera hacia el paradigma de la *exclusión*, que lograba privatizar, desmovilizar y desvirtuar el sentido político del enfrentamiento capital-trabajo, y ante el que se levantan ahora los piqueteros como un desafío: «la emergencia del movimiento piquetero renueva la capacidad del trabajo de expresar identidades sociales, conflictos y esperanzas (...). Se trata de una repolitización que instituye sentidos de pertenencias y proyectos colectivos entrelazados alrededor de la centralidad del trabajo» (p. 83).

Cecilia Cross y Juan Montes Cató son los que emprenderán en el siguiente capítulo (*Crisis de representación e identidades colectivas en los sectores populares. Acerca de las experiencias de las organizaciones piqueteras*) el análisis de esos frutos subjetivos en el proceso de construcción de nuevas identidades colectivas al margen de las divisiones sociales tradicionales, centrando su atención (mediante el análisis de testimonios, entrevistas) sobre las expectativas, los significados y sentidos que los propios protagonistas dan a su acción. En sus inicios organizaciones de desocupados que surgen en un contexto de economía postindustrial, los grupos piqueteros van dotando a sus demandas progresivamente de contenidos que exceden los límites estrictamente materiales: aparece así el trabajo como valor en sí mismo, en tanto que protagonista en el proceso de socialización, se cruza además con la variante del anclaje en lo local, y se amplía con una nueva adquisición de conciencia más general del

desocupado como sujeto de derechos sociales y políticos, que cuestiona radicalmente los mecanismos de representación existentes en la democracia actual y lucha ya no tanto por la inclusión como por el vuelco total del sistema, en un proceso de heterogeneización y complejización del movimiento y de la propia construcción identitaria.

Las reflexiones en torno al movimiento social de los piqueteros, núcleo de esta obra que se presenta como una mirada transversal sobre los distintos aspectos del conflicto, vienen precedidas de un par de artículos, de carácter más general, que tratan de desenmascarar la impostura democrática vivida, como desencadenante más inmediato del punto de inflexión en la crisis que supusieron los acontecimientos de diciembre. Así, el profesor Osvaldo Battistini consagra su trabajo a la denuncia de *la democracia constituida sobre la violencia*: una violencia promovida desde el Estado a través del terror militar primero y de los constreñimientos de políticas financieras y monetarias muy particulares después, que se encargaron, a través de la «desaparición» y la marginalización, de vaciar la arena pública y ubicar a cada vez más individuos fuera de los márgenes de la legalidad y del sistema. Battistini presenta toda una extensa relación de datos estadísticos acerca de desocupación, pobreza y criminalidad, configurando el mapa de un imaginario social construido sobre las bases de la violencia, y que no deja más cauce para la contestación que la propia violencia.

María Ana Drolas y Mariana Busso, por su parte, coautoras del texto *De cómo pensar la democracia en la Argentina: sobre las «palabras y las cosas»*, parafrasean a Foucault para abordar con un interesante planteamiento la cuestión del problema de la democracia desde el terreno de lo discursivo, en el que la distorsión semántica de conceptos claves (conceptos que son «hábitos de pensamiento social» y por tanto, «hábitos de comportamiento y acción») como *ciudadano* o *democracia*, apareja una corrupción de la práctica política, asentada sobre las falsas premisas de un lenguaje naturalizado y de viejas prácticas discursivas viciadas, que logra imponer el cierre del universo político, escamoteando y clausurando el sentido real de la democracia en torno al eje central del nuevo concepto de *governabilidad*, cuyas «trampas» se pretenden desvelar desde estas páginas. Finalmente, un último artículo, *(Asambleas: cuando el barrio resignifica la política)*,

aborda otro tipo de movimiento social surgido en este ciclo argentino de protesta: se trata de las asambleas barriales, surgidas como contrapoder alternativo (condensado en la famosa consigna del «*que se vayan todos*») y espacio para la construcción de nuevas identidades cohesionadas alrededor de nuevas redes de solidaridad: con fuerte presencia de lo local y la horizontalidad decisional, de la tensión entre los particularismos y las demandas más generales, sin una conformación bien definida todavía, socialmente muy heterogéneas (aquí el trabajo pierde su centralidad en el conflicto), se coaligan en torno a un fuerte rechazo de toda representación organizacional y corporativa (se produce una revalorización de «lo espontáneo»). Tras un primer momento de presencia constante en las calles, inmediatamente posterior a las jornadas de diciembre, movilizados en torno a demandas muy concretas vinculadas a los problemas de su entorno, sufrieron después una etapa de crisis, marcada por las disensiones internas, la desmovilización y la desaparición de muchas de ellas, y las que sobreviven hoy, afrontan un futuro incierto.

Todos estos movimientos han pretendido, a través de estas nuevas prácticas políticas, reconstruir el sentido de lo colectivo fomentando el debate público y la participación directa, que pudiera llegar a cubrir, en última instancia, el vacío representativo del sistema, tal y como se pretende argüir desde estas páginas. ¿Cuál será su futuro? Es una primera aproximación, balbuciente a veces sobre todo en lo que a perspectivas y pronósticos se refiere, la que aquí se nos brinda; como anuncia su coordinador en lo que constituye toda una declaración de principios: «Es una primera mirada y como tal no aspira a constituirse en un certero diagnóstico de la realidad. Es lo que nos pasa ahora, lo que nos está pasando cuando desde el verano del 2001 nos sentimos profundamente envueltos en la atmósfera incandescente que inundó las calles argentinas». Un análisis honesto, comprometido, para esta compilación de urgencia, no ya tanto por la oportunidad de aniversario de su publicación, sino por lo urgente de seguir acometiendo nuevos estudios de este tipo.

Nere BASABE

Departamento de Historia del Pensamiento
y los Movimientos Sociales y Políticos
Universidad Complutense de Madrid

DÍAZ DE RADA, V.: *Organización y gestión de los trabajos de campo con encuestas personales y telefónicas*, Ariel, Barcelona, 2001.

Unos de los retos más frecuentes a los que se enfrentan los encuestadores y los encargados de la planificación y la ejecución del trabajo de campo en general, se encuentran en lo que podríamos llamar un «Manual» como lo es el libro de Vidal Díaz de Rada. Lo que pretendo en este artículo, es recomendar un libro que salió al mercado en marzo del 2001 titulado *Organización y gestión de los trabajos de campo con encuestas personales y telefónicas* del autor Vidal Díaz de Rada.

El libro consta de varios capítulos y aunque en su forma es teórico (no posee una formulación de ejercicios que el lector pueda realizar) se trata a la vez de un libro que trata de la práctica de cómo organizar y gestionar los trabajos de campo, y trata de una manera muy exhaustiva todas las dificultades que le pueden ocurrir a un trabajador (desde el jefe del trabajo de campo hasta el encuestador) en dicha área, quedando claramente demostrada la experiencia del autor en este tipo de trabajo. Y además de la experiencia del autor me atravesaría a decir que queda demostrado también el interés del mismo por esta parte del proceso de investigación al que tan poco caso se le hace, al menos en las empresas para las cuales a mí me ha tocado trabajar como encuestadora.

Introduce primeramente al lector en el tema de la «Preparación del trabajo de campo: selección y formación de los entrevistadores» donde trata las características a considerar en el proceso de selección de los encuestadores, cuáles deben ser las cualidades de los entrevistadores que realizan el pretest, cómo debe ser el tamaño del equipo de encuestadores según el tiempo, presupuesto, tamaño muestral, el tiempo necesario para los desplazamientos del entrevistador, localización del entrevistado, presentación del estudio, tiempo de descanso del entrevistador..., la formación general y específica que deberían recibir los encuestadores y algunas técnicas de transmisión de conocimientos.

El siguiente capítulo trata de manera concisa y clara el tema de la elección de las unidades de observación. De manera mucho más clara que otros manuales que he podido leer, nos habla de los tipos de muestreo y su importancia en el estableci-

miento del tamaño muestral: repasa el muestreo aleatorio simple, el aleatorio sistemático, el aleatorio estratificado y el aleatorio por conglomerados. Si no fuera porque al final de este capítulo contiene un epígrafe sobre la «planificación y solución de problemas en la localización de las viviendas» este capítulo no tendría muchas diferencias con los que vienen en cualquier manual de *Técnicas de investigación*.

En el capítulo cuatro del libro trata un tema que puede resultar muy interesante tanto a los planificadores, jefes de campo... como a los encuestadores. Trata de la «Introducción al entrevistado: Toma de contacto». Nos habla de razones por las que las personas aceptan ser entrevistadas, cómo deben planificarse unos criterios de actuación que deben tener los encuestadores entre sus materiales para que puedan hacer una buena labor. En estos criterios e actuación estarían contgenidos algunos temas como el número de entrevistas a realizar en función del tiempo disponible o de si se trata de aumentar la probabilidad de cooperación de la persona que ha sido contactada, cuáles son los problemas y ventajas de cada uno de ellos, fijar el número de contactos mínimos y máximos a realizar en cada vivienda, o si resulta adecuado insistir en el anonimato y la confidencialidad de las respuestas. Trata en este capítulo el tema de la «secuencia de acercamiento a la persona a entrevistar» y también qué pasos se pueden seguir en casos de ausencia y rechazo.

El capítulo cinco lo dedica a una cuestión sobre la que hay poca bibliografía, como es la «selección de las unidades últimas de muestreo» que es una tarea muy importante que se debe realizar tras la localización de la vivienda donde se realizará la entrevista. El objetivo que se persigue con esto, afirma Díaz de Rada, es eliminar las preferencias del entrevistador y asegurar que todo el mundo tenga la misma probabilidad de ser incluido en la muestra. Nos explica a través de la utilización de muchos gráficos, esquemas y ejemplos, el método de la selección de la primera persona que contesta, el método de Kish, el de Troidahl y Cater... y al final del capítulo, nos habla de la selección de las unidades últimas de muestreo en encuestas en la calle o a la salida de un establecimiento.

El siguiente capítulo trata el tema de «el proceso de entrevista», de cómo se consigue un adecuado clima de cooperación, qué hacer cuando apa-

rece una tercera persona durante el proceso de la entrevista, la importancia de establecer una distinción clara entre las instrucciones para los entrevistadores y las palabras a transmitir a los entrevistados en el cuestionario, cómo deberán hacerse si es el caso las preguntas filtro que nos ayudan a la selección de la persona a entrevistar, la formulación de preguntas y anotación de respuestas, la finalización de la entrevista y las acciones posteriores.

El último capítulo del libro lo dedica al control de calidad de la información recogida. Nos habla de la supervisión de la entrevista in situ, de la supervisión que debe hacer el personal de supervisión, de cómo el objetivo primeramente debe ser corregir los errores cuando están todavía «frescos», antes que lleguen a convertirse en hábitos. El repaso de los temas de este libro que he realizado es para demostrar que su objetivo principal es aumentar la calidad de la información recogida.

Son muchas las bondades que yo podría atribuirle a este libro pero me gustaría subrayar dos de ellas. Una, que este libro utiliza muchos ejemplos, cuadros, esquemas... y por ello resulta fácil de comprender y muy ameno. Y otra de las bondades es que cuando expresa que es mejor realizar las cosas de una determinada manera, razona y justifica sus afirmaciones con datos de diferentes investigaciones como pueden ser las de Richardson et al, Warwick y Lininger, Gorden, Fowler y Manglione, Morton-Williams Sánchez Crespo, Azorín, Rodríguez Osuna...

Otra de las razones que tengo para animar a leer este libro es que hoy día y en España la labor del encuestador está desprestigiada y por ello acaban trabajando en esto gente a la que no le importa mucho el tema de la calidad del trabajo de campo, es decir, gente no suficientemente preparada y concienciada para realizar una labor que es muy importante. No creo que haya que buscar culpables, pero creo que los errores empiezan en las mismas empresas, institutos o universidades, puesto que no hacen una buena búsqueda de personas adecuadas para realizar estas labores, ni les dan una formación primero general sobre el proceso de la encuesta y luego otra específica adecuada a cada estudio, ni les proporcionan unas pautas de actuación. Y luego los errores continúan en los encuestadores que como no están concienciados de la importancia de su labor y además están muy mal pagados, se saltan pocas «normas o consejos» que puedan darles desde las empresas para las que realizan los diferentes trabajos. Es un hecho que hay que profesionalizar la tarea del encuestador, contratándolo, pagándole un sueldo digno, concienciándole de la importancia de su trabajo (para lo cual este libro de Vidal Díaz de Rada puede ser muy bueno) y así lograr investigaciones con una buena calidad de las que podemos fiarnos un poco más.

Leire IRIBARREN MURILLO
Universidad Pública de Navarra

ZYGMUNT BAUMAN, «*La Cultura como praxis*», Paidós, Barcelona, 2002.

«Culture as praxis» de Z. Bauman (Varsovia, 1925) se publicó en Inglaterra por primera vez en 1973 (Routledge & Kegan Paul). Extrañamente (o no tanto) fue reeditado de nuevo en 1999 (Sage) y, finalmente, traducido al castellano en el 2002 (Paidós). La nueva versión es idéntica a la inicial, salvo el añadido de un extenso estudio introductorio del autor (casi 100 páginas) reclamando la actualidad y pertinencia de la reedición. A pesar de la rapidez con la que se consumen, desechan y despachan los libros en ciencias sociales, este texto ha conseguido algo reservado sólo a los clásicos: volver a ver la luz tras 30 años. Hecho que no debería pasar desapercibido a los ojos de cualquier sociólogo atento y curioso.

Hay quien podría suponer que la causa única de la reimpresión es la fama tardía de uno de los sociólogos de moda (especialmente a este lado del océano). El premio Theodor W. Adorno, que recibió en 1998 por *Modernidad y Holocausto*, contribuyó a rescatarlo de su lugar de relativa marginalidad académica. El interés editorial por explotar el reconocimiento creciente de este juicio errante es, sin duda, uno de los motivos que a nadie se le escapa. De hecho, desde el 2000, ha paseado por las librerías españolas un número considerable de títulos firmados por Bauman que, desde que se convirtió en profesor emérito (1990), ha producido ingentemente. Baste recordar sus anteriormente mencionadas interpretaciones del Holocausto, sus afiladas reflexiones sobre los efectos perversos de la Modernidad o las «consecuencias humanas» de la Globalización. Asumida esta idea, habría que recordar que otras aportaciones de Bauman no han sido, sin embargo, rescatadas del baúl de los recuerdos por la codicia de la industria editorial (por ejemplo, «*Between Class and Elite. The Evolution of the British Labour Movement: A sociological Study*» de 1972 ó «*Towards a Critical Sociology: An Essay on Common-Sense and Emancipation*» de 1976) lo que debilita mediantemente esta tesis. Así que deberíamos indagar un poco más profundamente.

Bauman, ya por los años setenta (cuando publica el libro), pertenece a esa primera estirpe de sociológicos «críticos» que desplazan su objeto de estudio hacia el olvidado campo cultu-

ral. Su lectura de Weber, Simmel, Foucault, la Escuela de Frankfurt, Geertz o E.P. Thompson (el libro tratado es, de hecho, un diálogo activo con estos personajes) le arrastró hacia el análisis de las representaciones culturales del mundo social. La cultura convertida en «hecho social», desde su «redescubrimiento», y especialmente en los últimos quince años, ha sido juguete y rompecabezas de muchos científicos sociales. Veta que ha sido especialmente desarrollada por los archicitados *Cultural Studies* anglosajones. Bauman, no obstante, no encaja tanto en esas corrientes ya que no ha abandonado todavía por esas fechas el marxismo (británico) y realiza una inspirada pirueta teórica buscando aunar algunas tesis marxianas (la idea de «praxis», por ejemplo) con los autores antes citados. Es, lo que podríamos llamar haciendo nuestras esas típicas fórmulas clasificadoras, «el primer Bauman». Cosa que no implica un cambio radical en la evolución de su pensamiento pero sí un momento incipiente de su producción teórica.

El libro aborda concretamente tres modos de pensar la cultura: como estructura y como praxis. Es decir, los dos primeros bloques corresponden a un repaso genealógico por los modelos de cultura que han elaborado las ciencias sociales modernas (sociología y antropología fundamentalmente) y a un recorrido por algunas tesis estructuralistas contemporáneas. Bauman entra aquí a describir históricamente tanto la deconstrucción del concepto de cultura como la culturalización de las ciencias sociales (fenómenos simultáneos) y busca una aproximación a la cultura como estructura diacrónica (recordemos que el texto está escrito antes de la extensión de la teoría de la estructuración de Giddens). En el fondo, estas partes son el correlato de la distinción entre los comienzos de la antropología norteamericana (más simbólica) y la primera antropología británica (más en términos de estructura social). Estas dos partes abonan el terreno y convergen hacia el tercer bloque para, finalmente, esbozar una síntesis propositiva donde Bauman recapitula eclécticamente hasta componer una idea de cultura sociológicamente útil y novedosa. Es, quizás, esta última pieza sintética y condensadora la más interesante por arriesgada.

No podemos dejar de mencionar que en el núcleo mismo de la propuesta teórica de Bauman está la idea de una ambivalencia constitutiva,

inherente e inseparable de la cultura. Lo cultural es tanto un agente de estructuración del mundo (una herramienta ordenadora) como un escenario constrictivo (una estructura preexistente). Es tanto un canal de creatividad y acción (conformación del mundo) como un marco repleto de normas y regulaciones (decorado que condiciona las acciones humanas). En esa oscilación eterna o armonía inacabada sitúa Bauman el equilibrio que debe fijar una sociología preocupada por la cultura, evitando acentuar uno de los dos lados sobre el otro. Hay que hacer consciente, insiste el autor, la irreductibilidad de lo cultural a uno u otro extremo. Este dato nos remite a tres cuestiones tradicionales que acompañan a la historia de la teoría sociológica desde sus comienzos y que merecen ser apuntados.

La primera, muy pegada al viejo Simmel o al mejor Merton, enfatiza el carácter radicalmente ambivalente de lo social y sus ambigüedades constituyentes. Discursos en los que abundan fenómenos y procesos sociales esencialmente paradójicos, contradictorios y bifrontes (el recurso a Jano como metáfora es común). Teorizaciones que no dejan de afirmar los dos lados enfrentados que tiene toda realidad, el haz y el envés de las acciones humanas y los fenómenos colectivos. Como sociólogos no podemos simplificar un mundo esencialmente complejo que nos presenta siempre dos caras distintas y en pugna. Esta idea de ambivalencia ha sido posteriormente desarrollada por Bauman en otros conocidos textos (véase, *Modernity and ambivalence*, Polity Press, 1991, y que está en proceso de traducción en nuestro país) para caracterizar nuestra modernidad. Y, cómo no, ha servido para reactivar parte de las investigaciones sobre complejidad, caos, incertidumbre y nuevas epistemologías que han sacudido la teoría social contemporánea.

La segunda hace referencia a la incesante disputa entre estructura y acción que ha sido oficialmente superada por una serie de aportaciones recientes (la teoría de la estructuración de Giddens, «campo» y «habitus» en Bourdieu, la idea de agencia en Sztompka, etc.). Los ríos de tinta que vertió el antagonismo subjetivismo-objetivismo están en el origen de dicho punto. «Cultura» es, para Bauman, un espacio de ambivalencia: entre creación y regulación normativa, entre invención y tradición, entre el actuar sobre el mundo y el padecerlo. La cultura es tanto mo-

delo a seguir como libertad de elegir otro modelo. Así se presenta la «incurable condición paradójica de la idea de cultura», que es el modo más productivo que encuentra el autor para intentar zanjar un debate eterno y a veces estéril, vestido de diversos ropajes discursivos: sujeto y objeto, historia y estructura, acción y contexto, idealismo y materialismo, lógica e historia, biografía individual e historia social, psicológico y ambiental, cultura y personalidad, etc.

Finalmente un tercer elemento que se encargaría de acercarnos a una visión no idílica y pacífica de la cultura, donde lo cultural es tanto un espacio de lucha y confrontación como un lugar de encuentro, integración o solidaridad. La cultura compartida no genera, inmediata y necesariamente, un remanso de identidades pacíficas y comunidades integradas. Al igual que Bourdieu, Bauman nos apunta hacia una versión conflictiva de lo cultural, convertido en arena de identidades beligerantes que se juegan capitales simbólicos o cuotas de poder. De este punto parte un tercer equilibrio inestable (y ambivalente) en el que se sitúa la cultura para Bauman: por un lado, sus promesas de emancipación y libertad y, por otro, su perversa utilización como tecnología o herramienta de exclusión. La recurrente palabra puede tanto proveernos de ese viejo ideal emancipatorio ilustrado como naturalizar modos de dominio y segregación contemporáneos (cámbiese «raza» por «cultura», como en los racismos de última generación que ya señalara M. Barker o como desliza en sus discursos el señor Huntington). Las influencias frankurtianas son patentes en este doble filo de esa cultura «capacitadora y restrictiva» que, lejos de constituir un lugar de agregación espiritual, puede ser, magníficamente, un espacio de luchas y problemas. La cultura es el espacio para las políticas de la identidad, donde se encuentran tanto la articulación de pertenencias aglutinantes como los particularismos de la raza, la etnia o la nación (paradigmas de la modernidad). Así pues, promesas de unificación y pesadillas de disgregación conviven permanentemente en una dualidad ineludible.

Todo este tipo de aportaciones encuentra su aplicación algo más tarde (y especialmente en otros libros del mismo autor). Bauman, a lo largo del texto, entra a diseccionar conceptos de moda actuales como multiculturalismo, comunitarismo, etc. Términos que, aparentemente enfrentados, comparten

un mismo diagnóstico que Bauman cuestiona: la convivencia en el mismo espacio de diversas culturas. Este autor afirma la espesa y compleja variedad cultural de las sociedades, que no variedad de culturas. No hay pertenencia unívoca y diáfana a una sola cultura, sino devenir atravesado por una multiplicidad de influencias culturales ricas y heterogéneas. Vivimos en un mundo de contactos y combinaciones, no de comunidades monolíticas y de contornos bien definidos. Las identidades son, por tanto, también paradójicas, ya que representan culturas que no existen en estado puro, son construcciones sobre un fondo magmático y fluyente de una infinidad de aportaciones culturales distintas. De alguna manera, ésa es una de las enseñanzas que presenta este texto: un punto de partida teórico y metodológico para examinar y analizar lo social.

En el estudio introductorio el autor reconoce que, si volviera a escribir el libro tres déca-

das después, no quitaría casi nada pero añadiría mucho. No obstante, a pesar de la necesaria actualización, muchos de los interrogantes que recorrió el libro hace ya 30 años siguen siendo tan pertinentes y actuales que la reedición merece la pena. Además de la riqueza expositiva o el diálogo refrescante con algún clásico, el libro desanuda unos cuantos atolladeros teóricos, desaciertos comunes y tópicos equivocados que seguimos arrastrando en nuestros análisis de sociología de la cultura. Bauman gusta mucho de recurrir a una cita de Gordon Allport que insiste en que en ciencias sociales nunca se resuelven realmente los problemas, sino que más bien acabamos aburriéndonos de ellos. Por eso retornan cíclicamente y por esto tenemos también que reciclar ciertos textos y autores.

Igor SÁDABA RODRÍGUEZ